

El papel del arte y las zonas autónomas temporales en el cambio de la educación superior

LUIS PORTER*
TANYA LARRONDO**

RESUMEN

La inteligencia humana y su capacidad organizativa a través del arte y el aprendizaje académico en la institución universitaria, se diluyen en la lógica actual de la educación superior. Sin embargo, en lo cotidiano, las relaciones humanas promueven acciones alternativas para la vida académica y el aprendizaje colectivo. Estas son capaces de evadir el deterioro burocrático y sistémico de la institución. La libertad y la autonomía que nacen en estos espacios de diálogo ligados por el afecto, trascienden las evaluaciones y los análisis estadísticos, abriendo dimensiones o zonas alternativas, poco estudiadas. Se trata de actividades comunes y familiares para quienes están comprometidos con el quehacer académico y acontecen en los márgenes y los entre-lugares de la universidad. El espacio de cambio como intersticio para la creatividad y el conocimiento se nutre de la acción artística y creativa de cada individuo; estos son los temas que conforman el artículo.

Palabras clave: arte / autonomía / educación superior / política pública.

ABSTRACT

Human intelligence and organizational strengths through art and academic learning, are lost in the current rationale of higher education. Nevertheless, in everyday human relations, we find other dimensions of academic life and collective education, despite bureaucracy and systemic decay. Freedom and autonomy, help to create spaces of convergence, in which affection is an important and valuable bond. This dialogic areas are beyond external evaluations and statistical analysis, opening alternative zones to be studied. We are talking about familiar and common activities for those committed to the university, acting at the margins (the "in between-places") of the institution. The opportunity for change occurs within those gaps where creativity and artistic action are possible. These are the main subjects written in this article.

Key words: art / autonomy / higher education / public policy.

INTRODUCCIÓN

Vivimos una concepción del tiempo como algo inmóvil (Jullien, 2000), lo representamos por medio de fechas, etapas, puntos fijos, parcelas estáticas, instantes permanentes, abstracciones que contradicen el estar en movimiento y en transición constante. Por eso los cambios nos toman por sorpresa, como si la temporalidad no existiera; dejando su huella hasta el día que tomamos conciencia de ello. En otra dimensión de nuestra percepción, le atribuimos a cada día un sentido progresivo, como si el tiempo nos llevara a alguna parte. Un avance invisible, semejante al de los árboles, fijos y detenidos en el devenir, hasta que un día, por alguna razón, caemos en cuenta de que ese tronco rollizo fue aquella vara que alguna vez sembramos. Lo mismo pasa con nosotros mismos, o con nuestros hijos o abuelos, una fotografía nos delata, ya no somos quienes solíamos ser, de pronto nos diluimos con el tiempo. Algo similar ocurre con la forma en que percibimos nuestras instituciones. Hacemos caso omiso del sutil transcurrir de la cotidianidad, repetimos rutinas como si fueran anacrónicas y, aun así, creemos estar avanzando, aunque no sepamos en qué

* Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, en la División de Ciencias y Artes Para el Diseño en el Departamento de Síntesis Creativa.

** Estudiante de la Maestría en Desarrollo y planeación de la educación, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Generación 2012-2014.

dirección vamos. Basta un reporte estadístico, un análisis revelador, para que aquello que parecían avances en los hechos sean retrocesos. Tenemos una noción abstracta e irreal de lo que ocurre con nuestro sistema educativo, hasta que algo que vemos o leemos nos permite ver que el Estado ya no es el motor que nos lleva hacia adelante, si es que adelante es el rumbo hacia donde queremos ir. El mundo de la educación en México no ha avanzado y, sin embargo, se mueve. Las estadísticas educativas pasan, desaparecen, se transforman. Hay una estructura rígida y burocrática, pero existe en su espacio, la libertad suficiente para que haya cambios. De eso trata este artículo, de lo que ocurrió, o podría ocurrir (fuera o dentro de nuestra imaginación), ante el fracaso de las políticas educativas.

Mientras los datos nos hablan de catástrofes y los discursos se han vaciado de verdades, la universidad pública vive un momento en donde el valor intelectual y humano, que se agrega de manera continua a la vida académica, transcurre invisible, gradual, progresiva e inexorablemente. Es un haciéndose que ocurre fuera y dentro de nosotros, aunque no siempre sea evidente a nuestros ojos. Todo está en continuo cambio también la universidad. Se trata de una transformación invisible y, sobre todo, silenciosa. ¿Qué implicaciones tiene esta conciencia del tiempo en constante movimiento para la educación? Detrás del mapa estático del organigrama, con sus divisiones, departamentos, dependencias, instancias, fronteras o recintos, las transformaciones ocurren, eludiendo la conciencia de lo que pasa, como si se tratara de algo abstracto y secundario, sin importancia.

Cambiar, crecer es una secuencia consistente, parecida al mecanismo de un abanico, en el que cada ser humano se realiza a medida que despliega el yo. El contexto podrá estar en crisis, pero aquél individuo que concibe el tiempo como no estático, como transición continua, valora y cree en la transformación porque a través de ella se realiza. Es aquel que sabe localizar la acción, identificándola en ejercicios de conocimiento de sí mismo, de diálogo consigo mismo, que lo prepara para reconocer e interactuar con el otro, formar alianzas, diálogos, redes, que a la postre adquieren la forma de una narrativa épica. No nos engañemos, nuestro mundo es algo en constante transformación, formado por núcleos cuyos rasgos culturales incluyen deseos, metas, influencias: ingeniosas maneras de sobrevivir. La universidad se ubica en una sociedad que oscila entre la tradición y la des-organización mo-

derna, que deja espacio para que no renunciemos a la ambición de darle sentido a nuestro devenir, como lo hace la naturaleza. Lo vamos haciendo con planes que no toman la forma de documentos publicados, lo hacemos siguiendo políticas diferentes a las que se promulgan, en función de una relación de fuerzas intuitiva, moviéndonos a nuestros ritmos, buscando nuestro beneficio, porque sabemos que será en beneficio de estudiantes y colegas.

La educación superior se presenta como una estructura rígida, asida al marco legal y, aun así, no exenta de grietas, fisuras, espacios guiados por rasgos y señales que una sensibilidad intuitiva enseguida percibe. Este espacio tras bambalinas sólo es asumido por los mejores actores para caracterizar mejor su quehacer profesional. La universidad no es sólo esa que creemos conocer, representada por un logotipo y su lema, a cuyos horarios mal nos acomodamos, sino aquella que nos ha permitido urdir nuestro entramado personal, hecho de mundos paralelos o convergentes, esa institución en la que nos apoyamos como pista de despegue. En esa transición del día a día, hemos ido creando vínculos intelectuales, proyectos y acciones cuyos repiqueos e influencias han impregnado, enriquecido y modificado nuestra vida cotidiana, académica, por encima de políticas, estadísticas, avances o retrocesos.

La universidad sumida en el letargo de lo inmóvil, siempre ha guardado en su seno voces críticas, disidentes, marginadas, activas en su impotencia, núcleos de académicos trabajando a la defensiva en propuestas alternativas, pensamientos independientes destinados al fracaso político, seres íntegros acusados de estupidez o inocencia, docentes comprometidos obligados a convertir su aula y su oficina en un bunker de protección en contra de las redes de poder, los intereses mezquinos hablando en el idioma de lo políticamente correcto, un contingente convencido que vivir fuera del puesto, era vivir en el error. Existen profesores preocupados por liberar el uso de la lengua, por dar crédito a la forma en que los estudiantes adquieren sus códigos, como parte de etnias, de migraciones, de crisoles insospechados¹, mientras la burocracia mantiene la universidad en aparente movimiento, la substancia la dan los comprometidos con la formación de un egresado con conciencia y sensibilidad. Siempre han estado allí quienes encuentran satisfacción en cumplir con su deber.

1. Los Libros del Zorzal, editorial argentina, ofrecen una fuente de reflexión sobre estos temas. Ver bibliografía.

¿Quién podría llegar a transformar a la universidad pública del siglo XXI? Para contestar esta pregunta se requieren estudiosos con ganas de escribir artículos utópicos e imaginativos; investigadores o estudiantes, o ambos en conjunto, capaces de generar hipótesis arriesgadas, por ejemplo, plantear el arte en espacios dialógicos participativos como clave del cambio para la educación superior y la radical resurrección de sus políticas (Lakoff, 1980, 2008, 2009) o una autonomía posible dentro de los muros.

LA ZONA AUTÓNOMA TEMPORAL (ZAT)

Cuando la universidad se detiene por la falta de imaginación y exceso de inercia; cuando la verdadera educación, la que forma carácter, la que sienta las bases que darán como resultado un futuro posible y deseable, ha perdido su sitio en el organigrama y debe acomodarse en los resquicios del poder; cuando los profesores comprometidos ejercen su acción y realizan su vocación en otros lugares, lugares de encuentro y afinidad, entonces estamos ante otra arquitectura. Un espacio con otras dimensiones, ubicado bajo nuevos techos, que no necesariamente está en el aula. Estos entre-lugares son los intersticios, es decir, las fracturas, los espacios libres, fuera del control de una estructura educativa convencional aprisionada en su inacción. Una cámara de aire imaginativo y necesitado del lenguaje de las buenas ideas.

En la universidad –presentada aquí como institución emblemática, porque en ella trabajamos, pero que representa todo recinto educativo, tecnológico, politécnico, normal, privado, etc.– la inteligencia existe. Si el medio no la estimula, buscará las formas y los sitios necesarios donde sobrevivir. Es así como aquí y allá, entre pliegues, en el hoy y el mañana, entre-tiempos, los docentes con sus amigos y con sus estudiantes, construyen redes, forman grupos, equipos donde se practica la enseñanza y la generación de nuevo conocimiento, que incluye nuevos conceptos, nuevas maneras de ver, experimentos libres y alternativos. Estas expresiones libres no son distintas a esos ecos recónditos, que tarde o temprano se dejan oír evocando imágenes y palabras que creímos olvidadas.

En toda institución, existe un modelo alternativo sin plan ni previos acuerdos, en donde los docentes activos construyen sus núcleos de amigos en el trabajo. No son temáticas, no son objetivos, no son proyectos los que en un principio los unen, antes

que nada priva un sentimiento, que produce todo lo demás, ese sentimiento es el afecto. El afecto genera confianza, la confianza se expresa en inquietudes intelectuales, científicas, pedagógicas, propias del conocimiento, propias de la universidad, en el marco de la razón convencional, pero incluyendo la sensibilidad, sin limitarse a las meras habilidades cognitivas.

ZONA COMO CONCEPTO

Hablamos de una actividad compleja que siempre ha existido, el discurso oficial la incluye en términos de movilidad, interdisciplina, internacionalización y otras representaciones de tipo colectivo. Sin embargo, en la rutina institucional toda actividad ajena a la docencia, tiende a ser vista como excéntrica; esto ocurre porque el concepto de universidad oficial, la visualiza metafóricamente como una máquina, en la que cada actor debe seguir jugando papeles tradicionales, preconcebidos. La máquina es una metáfora que deja afuera todas aquellas piezas y articulaciones cuyo funcionamiento está en contradicción con la lógica ingenieril: poleas, articulaciones, engranajes, casi siempre ocultos o semi-ocultos, que en la formalidad mecánica de la institución hoy se han hecho más visibles gracias a las nuevas tecnologías que promueven y multiplican su presencia. Allí están estas zonas como redes de conversaciones que ocurren en estos espacios tenues y poco aparentes, visibles e invisibles, aislados y relacionados entre sí, cuyas dinámicas forman un entramado virtual-presencial unido por un núcleo de actividades de tipo creativo-intelectual no diferente al taller del artista. Zona como punto de encuentro presencial, que utiliza el espacio virtual, pero se materializa en el espacio real, en el cara a cara, en el vaivén del roce cotidiano.

En los espacios universitarios la presencia es importante para el intercambio académico. La nueva educación y el nuevo aprendizaje está afianzado en vínculos “(...) pues no se pueden sustituir el abrazo, la riqueza del lenguaje corporal, el intercambio de sonrisas, la producción de situaciones complejas del contacto directo” (Ibarra Colorado, 2012: 251). La Zona nace en el contacto entre quienes viven la universidad en sus pasillos y se estrechan la mano fuera de las aulas; sin deshacerlos de nuestros cuerpos, imprescindibles para la realización humana en la libertad y el aprendizaje, un cuerpo orgánico y pensante, asumido en su materialidad para generar conocimiento (Domenici,

2010). La Zona ubicada en el espacio real (lo virtual también es real), en la relación que va más allá de las palabras, dando un nuevo sentido al espacio formal, máquina, mausoleo o monumento, y reconociendo los recovecos que permiten trabajar de otra manera, con creatividad, autenticidad, naturalidad dando lugar a lo inefable que sirve de vínculo entre individuos, área encuadrada entre límites. Esa parte de la esfera comprendida entre dos planos paralelos, está limitada porque así es el intersticio, la burbuja contenida en la cual nace la autonomía lo que da sentido de protección al nido, sus límites, la idea de ubicarse entre “planos paralelos”, que nos lleva a pensar, en un sentido ontológico, en la capacidad imaginativa en donde estamos siendo. Zona como manera de nombrar y hacer visibles los hilos que conforman una red, como diría Pablo Neruda (1945), el aire que une los vacíos que componen la red².

Zonas-espacios que desde siempre han complementado y enriquecido las labores educativas formales propias de la institución educativa, situadas en el margen de las interacciones inherentes a las relaciones humanas, sin forma establecida, ni recinto fijo, porque no forman parte de la oferta y sus programas, y suceden por decisión y ritmos propios, apareciendo y desapareciendo según sus objetivos, metas o propósitos. Espacios informales de contacto, que toman forma en “conversaciones” localizadas en los recovecos de la estructura organizativa de la universidad, en las vastas áreas intocadas, donde se construyen tejidos sociales que surgen del conocer en movimiento, no muy diferente al ritmo ondulante que nos evoca la superficie de un lago movido por el aire. Zonas que coinciden con la definición de universidad de Humberto Maturana (1997), quien la señala como tal cuando la entreteje una “red de conversaciones”, donde prevalece el afecto ese sentimiento humano que no cabe en el marco jurídico o en los múltiples reglamentos institucionales. Construir vínculos, redes afectivas que nos permitan responder en cuerpo y emoción a lo que falta, a lo que no contempla la relación áulica como parte de la máquina formal. Un tipo de vida universitaria que no se limita a la mente, sino que incluye el cuerpo que exige, que se toca, que empatiza, disfruta, se deprime, piensa, se levanta y construye. Zona ubicada justo en el

momento anterior a la innovación y la creación del conocimiento, en el intersticio entre lo real (lo que tenemos) y lo imaginario (lo que queremos tener).

La ZAT, como red de acción intelectual, es un dinamismo que sólo se enciende y trabaja mientras se opera; no se trata de algo espontáneo o improvisado, si bien surge por necesidad y acuerdo tácito o explícito, los tiempos se distribuyen de modo arbitrario. La actividad principal es la administración espontánea relativa a cómo operar y cómo planear la acción, en lo cual coincide con el método de planeación estratégica situacional (la PES de C. Matus): es endógeno en la medida que sus propósitos derivan de los problemas que los unen, es decir, de la situación que se vive en el momento y donde los recursos aparecen en relación con esa plantarea que se establece en conjunto, en función de los objetivos acordados, lo que une a sus integrantes es el trabajo, la actividad, no el contrato, ni la obligación. Su fuerza reside en la calidad de las relaciones que va más allá de un vínculo técnico o instrumental y promueve el conocimiento íntimo, personal y el afecto.

La ZAT estructura el plan a realizar, aplica una racionalidad al proyecto que incluye la complejidad de los elementos subjetivos que juegan un papel importante. Estas inclusiones (objetivo-subjetivo) le dan a la zona autónoma ese ambiente de “taller”, en donde el eje central es el factor humano. El factor humano, a su vez, caracteriza a este núcleo integrado, accionando en vinculación con otros, en un tejido invisible pero tangible. Esto obliga a una responsabilidad en cuanto a las relaciones, los vínculos, la capacidad y posibilidad de las conversaciones. El grupo, aunque siempre cambiante, se reúne alrededor de un proyecto, actualizándose. La preocupación no se limita a un tema o a determinadas acciones en torno a una problemática, sino al factor humano porque es lo que más se cuida en la medida que constituye el “instrumento de todos los instrumentos”, porque se sabe que no hay nada que funcione bien sin el ser humano en armonía y comunicación.

LA AUTONOMÍA Y LO TEMPORAL EMERGENTE EN LA ZONA

La autonomía responde a esa condición humana que denota independencia y que ubica al ser humano en su lugar ontológico desde donde actúa responsable y libremente en favor de sí. La autonomía actúa en los espacios universitarios porque al: “Expresarse en este contexto nos obliga a exponernos ante los demás” (Ibarra Colado, 2012: 247). Nos

2. Alturas de Macchu Picchu, de Pablo Neruda comienza así: “Del aire al aire, como una red vacía, / iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo...”

buscamos hasta encontrarnos, la necesidad subjetiva de localizarnos nos obliga a liberarnos como parte inherente de nuestro ser. “El grado en que los individuos (agentes) y las instituciones (agencias) a pesar de estar determinados por estructuras y procesos sociohistóricos más generales, se gobiernan a sí mismos, se autodeterminan y son capaces de obrar independientemente de aquellas fuerzas externas” (Porter, 2012, pág. 4). La autonomía como condición del proceso creativo, la tarea imaginativa del ser en su búsqueda por trascender y existir. La trascendencia como el rompimiento con la prisión de conocimiento racional como lo manifiesta Latapí en su discurso *honoris causa*:

“Lo mejor de la educación que yo recibí –y creo haber recibido una educación intelectualmente exigente– fue precisamente lo no racional, la apertura a dimensiones humanas que considero esenciales: el mundo simbólico y artístico, el ámbito de lo dionisiaco, el orden de la ética que fundamenta la dignidad de nuestra especie, y el de las virtudes humanas fundamentales, sobre todo el respeto a los demás y a la vida. Me horroriza una educación que excluya la compasión, que renuncie a la búsqueda de significados o que cierre las puertas a las posibilidades de la trascendencia”. (Latapí Sarre, 2007: 17)

Se determina nuestra existencia a través de nuestro proyecto, porque existimos en la medida en que lo realizamos (Sartre, 2010), puestal conexión ontológica nos da la oportunidad de resguardar en algún recoveco universitario la humanidad que se niega en el aula. La imaginación, dice Castoriadis, es el origen de todo lo que se representa y es pensado (de lo racional), consiste en la característica primordial del ser humano. En este sentido, la filosofía de Cornelius no sólo romperá con las tradicionales tesis ontológicas sobre la total separación del sujeto y el objeto, afirmando que ambos aspectos son inseparables, sino que además aseverará que el ser es un ser de creación que permite el surgimiento de nuevas formas, pues lo primordial del ser humano radica en el carácter sintético de su subjetividad (Tedesco-Porter, 2006), esto es, en un uso productivo y creador de la imaginación, que posibilita nuestra conciencia y nuestra vida. De manera que la imaginación –tal y como fue abordada por este teórico–, es considerada como imaginación radical, es decir, como aquella que se contrapone a una imaginación reproductiva,

puesto que constituye de antemano una dimensión de indeterminación que admite el surgimiento de nuevas cosas (Castoriadis, 1983). Autonomía que desde nuestro pensamiento y nuestro cuerpo nos permite conducirnos en un espacio de interacción humana a través de nuestra participación activa, afectiva y responsable hacia nuestra propia realización.

El concepto del tiempo en la ZAT tiene que ver con un tiempo de vida breve en su emergencia, quizás eterno en su capacidad de florecimiento; nace a la existencia como nuevas formas a través de procesos intrínsecos al sistema (Domenici, 2010), sin embargo, representa lo efímero, representado a su vez por el movimiento del cuerpo, su necesidad dinámica de constituirse y ser flexible en el espacio. Se contrapone a lo estático de las aulas y la inmovilidad bancaria en el pupitre, que crea la necesidad de situarse en un lugar que incorpore sistemáticamente al ser humano total. El tiempo libre se disuelve con facilidad para renacer en cualquier espacio que le permita continuar con su ritmo orgánico, espacios mínimos que transgreden el presente, lo toman y lo vuelven futuro. Punto de encuentro, que por su pequeñez y su no-exigencia, en comparación con las estrategias organizacionales, no busca que te detengas a pensar, sino que continúes reflexionando en la acción. En suma, las ZATs zonas autónomas emergentes son tan frágiles y poderosas como la autonomía y la libertad que las representa. Esta consolidadas por el “dejarse estar” propio del taller y por el “dejarse ir”, propio del trabajo en equipo, donde al ritmo de prueba y error logra dar nueva forma a la desacoplada e incrementalista estructura de hierro oxidado, en la que se podría pensar que se ha convertido la universidad pública mexicana (Larrondo, 2013; Bleger, 1971).

EL PAPEL DEL ARTE

La cíclica extinción natural de la planta académica envejecida dibuja en México una curva en el tiempo, presagia y anticipa la emergencia de las ZATs, así como su fortalecimiento hacia una nueva estructura institucional. Los viejos dejan su herencia y la dejan en los intersticios del sistema (mientras que en la máquina se cuelgan fotos). Estol dará lugar a la renovación que restituirá a la educación el ambiente humano necesario, nutrido por inquietudes intelectuales, un creciente interés por los problemas cruciales y una cabal actualización nacida del cuestionamiento de aquellos supuestos enraizados por años en concepciones arcaicas y obsoletas.

La revolución silenciosa requiere una herramienta inherente a la ciencia y a la filosofía, a las ciencias sociales y a las ciencias duras, como parte esencial de la cultura, la misma que quedó por decenios fuera de la educación, por razones políticas, ideológicas y también por razones inexplicables: el arte. El arte en el mundo académico siempre fue una fuente subyacente de satisfacción personal, clave en la construcción de uno mismo, con capacidad de sensibilizar hacia valores y vivencias ubicados más allá de las preocupaciones materiales y económicas, al tocar la dimensión clave del desarrollo social. Sin embargo, no formaba parte del tejido universitario, más que como complemento cultural, por lo general excluido de la definición de los programas, de la pedagogía, de la enseñanza (Morin, 2000).

Sin embargo, en las zonas siempre se incluye la dimensión artístico-imaginativa, porque forma parte del afecto, de la sensibilidad. El arte es el medio que restaura las ligas cercanas, flexibles, dinámicas entre la educación y las personas a las que su práctica va dirigida. Las ZATs constituyen puntos focales, aun cuando están apenas localizados y, más tarde, comenzaron a desplazar las estructuras fósiles, como sede situada en el campo de la pedagogía: “el arte como medio para la educación” (Primero Rivas, 2006). Ya no aquella concepción del arte como consumo público, como espacio donde mostrar, exhibir, sino un arte ubicado en espacios móviles, flexibles, formando parte de todos los programas de enseñanza en el marco de un activismo social que trae a la universidad, aquello que por lo general ocurría ya en los museos. Cabe hacer notar que a partir del siglo XXI los museos se fueron transformando en escuelas; no sorprende entonces que las escuelas se transformaran en espacios para el arte, un arte que le da forma a las actividades académicas y las libera de su confinamiento en disciplinas.

En suma, la llave que desencadenó un cambio radical en las políticas educativas, para lo que se necesitó otro tipo de político y otra formación filosófica en los hacedores de políticas, fue el arte: el arte en el diseño del currículo, el arte en sus contenidos, el arte en el aula, el arte rescatado del marginal pasillo, de la sala de espera convertida en galería, del recinto cerrado-sagrado donde el artista se presenta como un ser aparte. Ahora la ZAT se constituía en núcleo de proyecto social, en grupo atendiendo determinada problemática, en programa temporal dedicado a una contingencia específica, siempre desde una visión artística viva y presente en cada uno de los proyectos, y enseguida en todos

los programas de todas las divisiones, en todos los departamentos de todos los campos, en todas las actividades de todos los programas. La actividad artística haciendo honor al ser mexicano que es artista por definición, como parte de la cultura del hombre/mujer, heredera-o habitante del mosaico étnico que es México. Una universidad conformada por foros de discusión para dialogar sobre todas las posibles enseñanzas que los profesionales del arte, los agentes culturales y los mismos educadores necesitan para jugar el papel vital para la continua transformación de la educación que, de inmediato, comenzó a impactar su contorno, a ampliar su radio de acción, hasta convertir al país entero en una ciudad universitaria. Una universidad, entendiendo a la universidad como la institución emblemática de la educación, ya nunca más detenida en el didactismo.

Fue así como las ZATs se fueron integrando en redes parecidas a las constelaciones, centros titilantes, en donde pueden tomar la forma de una lluvia, de un meteoro surcando el cielo, guía y señal, apareciendo y desapareciendo, donde arte y educación se ubican “al frente y al centro” de sus programas, donde la pedagogía central es el “aprendizaje por experiencia”. Los espacios existentes, formales e informales, con su nueva arquitectura de diseño múltiple, tienen la forma del taller, donde ocurren demostraciones, puestas en escena, en espacios que permiten ver. Asombroso resulta imaginar el desmontaje del aula tradicional, borrar por fin su configuración de cubo, su tradición de celda y verla convertida en un área relegada, situada en niveles marginales, con identidad de buhardilla o de sótano, de rincón abierto a eventos participativos, y ya no en espacios donde sentarse a escuchar al docente. En esta visión, estudiante y docente constituyen un binomio colaborativo, ambos asumen su condición de adultos, ambos asumen su igualdad como seres humanos (Ranciere, 2008). Los estudiantes como co-gobernantes, formando parte de los órganos directivos, llegando con la tecnología, las nuevas versiones de lo que se conoce como ordenador o computadora, sin excluir el papel y los lápices de colores. Las expresiones vuelven a ser el esquema, el croquis, una grabación o un objeto, una serie de manchas dispuestas en forma semejante a la de una composición sobre una tela, una escultura en el banco del alfarero. La palabra (Bordelois, 2003, 2005) toma nuevas formas, la idea de “documento” ahora toma la forma de una escultura monumental, de una puesta en escena, de una explicación por medio de títeres, los académicos pueden ser aca-

démicos-actores. La universidad ya no se limita al cerebro, a la mente, a lo racional, por fin el cuerpo juega su papel, se incorporan los sentidos, la piel, el movimiento. No hay clara distinción entre el estudiante y el docente, porque ambos se han puesto en movimiento: danzan, hay música, se inventan artefactos insólitos, metáforas visuales, objetos, aparatos, incluso toboganes (Carsten Höller)³. Todas estas experiencias, dibujar, actuar, bailar, leer, ayudan al estudiante y su docente a ver su parcela de conocimiento, a través del lente del arte, a “mirar al arte desde más cerca” como dice Peggy Fogelman, la encargada del programa de educación del *Metropolitan Museum* de Nueva York. La pedagogía es circular, es la del “conócete a ti mismo” (*know yourself*) y es también la del “hazlo tu mismo” (*do it yourself*) y por fin, se asume lo que hemos entendido siempre como autodidaxia, la dirección del estudiante de su propia experiencia de aprendizaje.

La ZAT como una ecuación que incorpora a los maestros junto a los artistas profesionales o dedicados al arte, capaces de conectar el pasado con el presente. Atrás quedaron los tiempos en que se buscaba sustituir la clase presencial, la visita, con el espacio virtual, hoy ya no es uno y otro, pues es clara la necesidad de combinar ambos, lo que ya en 2012 se entendía como el “y / y”. Los estudiantes saben localizar en donde está la acción y fortalecerse con la tecnología como parte de su vida cotidiana, como una necesidad, como la presencia continua de una enciclopedia viva, pero sin depender de ella para vitalizar su trabajo. Como dijo Lynn Pearson Russell⁴ “vivimos un creciente regreso a enseñar desde los objetos originales, y menos por medio de *high tech*”. Queda atrás la preocupación por la velocidad de la banda ancha, la nueva estructura es lenta y flexible, preocupada por desacelerar, por lograr esa mayor lentitud que permite observar, entender e investigar el conocimiento.

Frente al trabajo académico como obra de arte, de la misma forma que no vamos al museo a correr, sino a ver y experimentar, en la nueva universidad no corremos, vivimos y participamos en los ritmos humanos. Los nuevos lemas son: “despacio porque es educativo”, “menos es más”, “leer poco, pero bien”. Queremos pasar el tiempo juntos para aprender a ver y revelar la complejidad del mundo,

con los ojos sensibles del arte, en conversaciones grupales. El regreso a un humanismo de este tipo nos hace menos dependientes de la tecnología, nos regresa al sentimiento ancestral propio del aprendiz artesano: sentir que uno puede hacerlo por sí mismo. “Cuanto más virtuales somos, más necesidad tenemos de tocar”, dijo Sarah Schultz, la directora de educación del *Walker Art Center*⁵.

La nueva universidad se nutre de políticas educativas basadas en la participación, el compromiso cívico, en el contexto de una formación y enseñanza donde los estudiantes son críticos, porque están presentes y son parte del proceso de decisión. La presencia brinda calidad a la institución y a sus terrenos aledaños. La sociedad del conocimiento –ahora sí podemos llamarla así– es la que vive en espacios comunales culturales donde la escuela es el motor que promueve un estilo de vida creativo. Ya no se pide una tarea individual, nadie quiere ni exige un texto de autor, cada autor comparte y regala sus ideas y sus obras de arte al compañero, al grupo. El trabajo colectivo lleva a asumir el conocimiento como público, la palabra “plagio” queda abolida, relegada, los cancerberos del idioma caen derrotados ante la multiplicidad de lenguajes. El arte es una torre de Babel en donde todos nos entendemos, compartimos y reescribimos sobre y encima de las ideas de nuestros prójimos, agregando sus dibujos sobre los dibujos de otros.

Así se continúa dibujando, esculpiendo, escribiendo; y a partir de la puesta en escena de alguien se continúa actuando, bailando o moviéndose; es la mejor manera de romper jerarquías, de igualarnos, de inspirarnos el uno en el otro y de copiarnos legalmente, sin necesidad de comillas, sin pies de páginas, sin referencias al estilo APA, Harvard u otro.

Para crear experiencias en tiempo-real, las ZATs son los espacios idóneos; no hay escuelas, ni hay carreras, no hay compartimentos, hay núcleos de trabajo, hay puntos de encuentro efímeros o renovables, hay redes sociales a las que pertenecemos y ya nadie usa la palabra transdisciplina o interdisciplina, porque resulta tan innecesario como incomprensible.

Es necesario dejar en el olvido aquél universo bifurcado en lo grandilocuente y macro propio de las secretarías de estado, expresado en los discursos publicados en los periódicos, en la investidura dotada de la parafernalia del poder. Hoy abrimos la ventana de lo micro desde nuestro mínimo espacio en la red, sin vivir-sufrir la contradicción de la auto-

3. Ver <http://www.youtube.com/watch?v=xb47196X4cl> consultado el 5 de febrero de 2013.

4. Directora del Departamento de Educación de la *National Gallery* de Washington.

5. <http://www.walkerart.org>

ridad, esgrimiendo proyectos generados en centros de poder a los que debemos someternos; ya no hay una razón para estar dóciles ante los mecanismos de administración y control (Pifis, certificaciones, evaluaciones externas, becas, zanahorias, cotos de poder, mafias de académicos que mal disimulan su ambición, etcétera), todo aquello que supeditaba la acción libre a los autocráticos-burocráticos laberintos administrativos. Hay dimensiones en la universidad actual en las que se ha desmantelado parte de la maquinaria de la acción burocrática y sus procedimientos. Un nuevo aire para la educación superior penetra cada día por ventanas laterales e inusitadas, es el aire que ayuda a que nuestro trabajo cotidiano –el de los estudiantes y el de los y las profesoras, así como los empleados que dotan de un apoyo administrativo sano y también afectuoso– se dé en un ambiente creativo y honroso. El ambiente de afecto que debe formar parte de la vida real cotidiana con sus paisajes hechos de formas y colores, luces y texturas, atmósferas e inspiraciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Bleger, José (1971). *Grupos operativos en la enseñanza*. Temas de Psicología, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bombini, Gustavo (2006). *Reinventar la enseñanza de la lengua y la literatura*. Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal,
- Bordelois, Ivonne (2003,2005). *La palabra amenaza*. Buenos Aires, Argentina: Libros del Zorzal,
- Borges, Jorge Luis (2000). *This craft of verse*. Massachusetts, Estados Unidos: Harvard College.
- Castoriadis, Cornelius (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*. vol. 1, Marxismo y teoría revolucionaria, Barcelona: Tusquets editores.
- Domenici, Eloisa (2010). “O encontrou entre dança e educação somática como uma interface de questionamento epistemológico sobre as teorias do corpo”. En: *Revista Pro-posicoes*, Campinas, v. 21, n.2 (62) maio/ago.
- Ibarra Colado, Eduardo y Porter Galetar, Luis (Coords.) (2012). *El libro de la universidad imaginada: hacia una universidad situada entre el buen lugar y ningún lugar*, México: UAM-Cuajimalpa/ Juan Pablos, 283 pp.
- Jiménez García, Marco Antonio (2010). “Cornelius Castoriadis. La subversión de lo imaginario”. En: *Acta Sociológica*, núm. 58, mayo-agosto.
- Jullien François (2000). *Detour and access strategies of meaning in China and Greece*, N.Y.: Zone Books.
- Lakoff, George, (2008, 2009). *The political mind, A cognitive scientist's guide to your brain and its politics*, Penguin.
- Lakoff, G. y Johnson M. (1980). *Metaphors we live by*. Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Larrondo, Tanya (2013). *Zat como Zdp, problematización*. Manuscrito inédito, p. 6.
- Larrondo, Tanya (2013). *Las Zats y la pervivencia institucional*. Tesis de grado en elaboración.
- Latapí Sarre, Pablo (2007). “Conferencia Magistral al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Autónoma Metropolitana”. En: *Reencuentro* 50, diciembre, pp. 15-20.
- Libros del Zorzal: Carolina Cuesta: “Discutir Sentidos”; Valeria Sardi: “Historia de la enseñanza de la lengua y la literatura”; Sergio Frugoni: “Imaginación y escritura”; Paola Iturrioz: “Lenguas propias, lenguas ajenas”.
- Maturana, Humberto, y Sima Nissis (1997). *Formación humana y capacitación Dolmen*. España: Océano.
- Morin, Edgar (2000). *La mente bien ordenada. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento*. Barcelona: Seix Barral.
- Neruda, Pablo, (1945). *Alturas de Machu Pichu, Canto IV del Canto General*. Editorial Losada
- Paoli Bolio, José Antonio (2003). *Educación, autonomía y lekil kuxlejal: aproximaciones sociolingüísticas a la sabiduría de los tzeltales*. México: UAM-Xochimilco y Comité de Derechos Humanos Fray Pedro Lorenzo de la Nada, A.C.
- Porter, Luis (2010). *Autonomía relativa un concepto útil en un país autoritario*, México, p. 8.
- Primero Rivas, Luis Eduardo y Beuchot Puente, Mauricio (2006). *Hacia una pedagogía analógica de lo cotidiano*. Primero Editores, Colección Construcción Filosófica.
- Ranciere, Jacques (2008). *El maestro ignorante*. Buenos Aires: Ediciones El Zorzal.
- Sartre, Jean-Paul (2011). *El existencialismo es un humanismo*. Edhasa, p. 120.
- Schön, D. (1998). *El profesional reflexivo, Cómo piensan los profesionales cuando actúan*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Tedesco, J. C. y Porter, L. (2006). “Políticas de subjetividad para la igualdad de oportunidades educativas. Un diálogo entre Juan Carlos Tedesco y Luis Porter”. En: *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 8 (1). Consultado el 27 de agosto de 2006 en: <http://redie.uabc.mx/vol8no1/contenido-porter2.html>.